
El islam y el mito del enfrentamiento, de Fred Halliday	117
<hr/>	
Rethinking the economics of war. The intersection of need, creed and greed, de Cynthia J. Anson e I. William Zartman (eds.)	121
<hr/>	
Drogas y democracia en América Latina. El impacto de la política de Estados Unidos, de Coletta A. Youngers y Eileen Rosin (eds.)	124
<hr/>	
España-Marruecos desde la orilla sur. La relación hispano-marroquí: opiniones e ideas, de Carla Fibla García Sala	127
<hr/>	
Las cumbres iberoamericanas (1991- 2005). Logros y desafíos, de Celestino del Arenal (coord.)	129
<hr/>	
La Rusia de Putin, de Anna Politkovskaya	132

EL ISLAM Y EL MITO DEL ENFRENTAMIENTO

Fred Halliday
Ediciones Bellaterra,
Barcelona, 2005,
299 páginas.

En la última década del siglo pasado, y especialmente a raíz de los atentados terroristas del 11-S y de la respuesta de EEUU en forma de “guerra global contra el terrorismo”, han sido abundantes los textos y ensayos dedicados a estudiar si estamos ante un choque de civilizaciones que enfrentaría a Occidente por un lado y el mundo árabe y musulmán (el islam) por otro. Con demasiada frecuencia, la retórica procedente de ambos lados ha tendido a fomentar esa visión. ¿Existe un conflicto global entre el Islam y Occidente? La aparición en castellano de esta obra de Fred Halliday, publicada originalmente en inglés en 1996 y de nuevo en 2003, es una buena noticia para quienes se preocupan por la cuestión. El profesor de la London School of Economics analiza aquí la región de Oriente Próximo y sus relaciones exteriores, así como acontecimientos como la revolución iraní de 1979 y la invasión de Kuwait por Irak en 1990. Y concluye que, al contrario de lo que se suele afirmar, no hay nada específicamente “islámico” que obligue a usar, para estudiar la realidad de esta región, instrumentos diferentes a los que se utilizarían para otras sociedades del Tercer Mundo. Este rechazo de la excepcionalidad le lleva a constatar que la historia y los conflictos de Oriente Próximo se explican por cuestiones de lucha por el poder (o por mantenerlo) entre elites y grupos humanos más o menos amplios, y que se debe rechazar

tanto cualquier consideración que implique la idea de un islam monolítico como la existencia, en las acciones de los líderes y Estados de estos países, de cualquier determinación religiosa o “civilizacional” para sus acciones. Las explicaciones son más complejas de lo que muchas veces se sugiere.

La primera parte del libro se dedica a esta interpretación compleja de Oriente Próximo a través de tres capítulos. El primero analiza la cuestión de Oriente Próximo y la política internacional, partiendo de que esta región ha parecido ser la región más inestable de todo el Tercer Mundo desde el final de la II Guerra Mundial. Esto ha llevado a que, en muchas ocasiones, se la haya considerado una región diferente a cualquier otra y con dinámicas, conflictos y pautas de comportamiento distintas. El islam determinaría procesos políticos y sociales diferentes, por ejemplo, la ausencia de conciencia social o de procesos revolucionarios. Esta visión “orientalista” encuentra su eco en el otro lado, en la imagen que tienen de sí mismos tanto muchos nacionalistas árabes como radicales islámicos.

Sin embargo, según el autor, esto tiene muy poco que ver con la realidad. Para comenzar, señala que es tarea inútil buscar una causa o patrón común en los conflictos de la región de las últimas décadas, dado que tanto las sociedades como los procesos políticos y la formación de los Estados son demasiado diversos entre sí, y los factores internos y externos se combinan de forma diferente en cada ocasión. Para estudiar qué tienen de específico las sociedades del área, Halliday comienza por señalar seis características que comparten con otras zonas del Tercer Mundo: el sometimiento, durante más de un siglo, al dominio del mundo

capitalista desarrollado; la colonización directa durante ciertos espacios de tiempo; estructuras estatales y fronteras interestatales que fueron decisiones de los colonizadores y cortaron vínculos regionales preexistentes; Estados que han desarrollado formas de nacionalismo que se reflejan en su relación con las potencias ex coloniales, así como relaciones económicas con los países centrales; una relación violenta con los países de la metrópoli que ha generado tensiones y ha desembocado en sucesivas oleadas de agitación popular contra el dominio exterior y quienes colaboran con él; y, finalmente, el carácter de sus estructuras estatales y sus clases dirigentes, en las que quienes lograron controlar las estructuras heredadas del colonialismo consolidaron en muchos casos su poder frente a sus súbditos y rivales regionales. A continuación Halliday menciona lo que normalmente se suelen considerar cinco aspectos clave que marcan la especificidad de Oriente Próximo y que, en un análisis más detenido, pueden reforzar la universalidad analítica de su política y sociedad: la influencia del islam, la cuestión palestina, la adhesión a la unidad árabe, el papel del petróleo y la incidencia del terrorismo. Con respecto a la primera, subraya que la mayoría de los musulmanes del mundo no son árabes ni viven en Oriente Próximo y que la diversidad de sociedades y sistemas políticos que comparten esta religión hace imprescindible eludir cualquier generalización. Para comprender las formas sociales y políticas de estas sociedades hay que añadir factores que se suman al islam, como la formación histórica de cada país, su economía, los modelos de dominio de Estado y clase y la relación con las fuerzas exteriores. El autor

reconoce el carácter único (aunque, subraya, no anómalo) del conflicto palestino-israelí dentro del marco del colonialismo, pero señala que también comparte características con otras experiencias coloniales. Con respecto a la unidad árabe, reconoce un sentido de unidad cultural pero no política: si se hace abstracción de la retórica, los Estados poscoloniales de Oriente Próximo se han mantenido separados y tan celosos de sus intereses de Estado y de gobierno como cualquier otro. Tampoco el petróleo es un asunto que permita simplificaciones: sólo unos pocos países árabes son productores y la mayoría de los miembros de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP) no lo es. La inmensa riqueza que proporciona este recurso y las tensiones sociales que puede generar por la desigualdad en la apropiación de los ingresos, la corrupción estatal y el descuido de otras actividades económicas son comunes a Irán, Arabia Saudí, Indonesia o Nigeria. Con respecto a la última cuestión, Halliday señala que ni el terrorismo político moderno tuvo su origen en Oriente Próximo ni entre los musulmanes y que ha tenido lugar tanto en esta región como en otras, tanto por parte de grupos de oposición como por los propios Estados contra sus ciudadanos. Por tanto, las peculiaridades de esta región no derivan de que comparta una religión, sino de la historia de sus sociedades, en particular del carácter de las sociedades precoloniales y sus vínculos culturales y sociales; la existencia de fracturas étnicas y confesionales que en muchos casos fueron agravadas por el dominio colonial; la desigual distribución del petróleo, que hizo que algunos países con excedentes de ingresos pudieran usarlos para promover sus particulares valores políticos y

sociales (la Libia de Muammar el Gadafi o Arabia Saudí), y del nivel de conflicto provocado por las tensiones internas y la influencia internacional durante la Guerra Fría. Los retos que quedaron tras el fin de ésta, especialmente la explosión demográfica, la escasez de agua y el estancamiento económico, son en gran medida equiparables a los del resto del Tercer Mundo.

La revolución iraní de 1979 fue un acontecimiento clave en la historia de la región y que podría demostrar más que ninguno la importancia del islam en los procesos políticos, dado que se hizo en nombre de la religión. Sin embargo, Halliday propone un análisis alternativo en el que deja de lado ese carácter religioso para encontrar otros factores: fue promovida por una alianza amplia de grupos sociales, con el apoyo de sectores comerciantes, disidentes de la Administración y una población urbana económicamente débil. Estas fuerzas fueron movilizadas, contra un régimen dictatorial, por un líder carismático y una ideología revolucionaria. Se trata, por tanto, del contexto de otros muchos movimientos populares en el Tercer Mundo, y tampoco es el único caso en que estos movimientos dicen actuar en nombre de Dios. La peculiaridad de la revolución iraní radica en la interacción de su carácter tradicional (el elemento movilizador religioso) y de varias características “modernas” y específicas, como el hecho de que se produjo en una sociedad relativamente desarrollada en términos socioeconómicos, sobre todo en áreas urbanas, mediante un enfrentamiento político y no un conflicto armado y con una relativa ausencia de factores externos. Se trata, por tanto, de una compleja combinación de elementos, de los que el religioso es sólo uno más. Tampoco, como se aborda en el

capítulo siguiente, fue el islam un asunto importante en la guerra del Golfo de 1990-1991, ni influyó en sus orígenes, desarrollo o resultados. Su estudio en retrospectiva, sin embargo, permite al autor señalar que fue un conflicto muy particular, que puso en cuestión determinados conceptos de las relaciones internacionales y que muestra las limitaciones de los análisis realizados entonces.

La segunda parte del libro aborda, en cuatro capítulos, el “mito del enfrentamiento” o, como señala el autor, la leyenda de la “amenaza islámica”. Esta imagen ha sido alimentada por la emergencia de movimientos islamistas que también han ganado influencia entre los inmigrantes árabes y musulmanes en Europa; por la propia historia de conflicto entre “Occidente”, o el cristianismo, y el islam, desde hace más de un milenio (invasión de Iberia, cruzadas, conflictos con el imperio otomano...), y por el fin de la Guerra Fría, que según algunas versiones significó el renacimiento de ese conflicto al finalizar el que se mantenía con el bloque soviético.

Un último pero importante factor es que, en muchos aspectos, la retórica islamista encaja perfectamente en ésta y la refuerza. La idea de un islam como sistema total e inmutable, históricamente determinado, está presente tanto en la retórica de un líder islamista como de un fanático anti-musulmán. Sin embargo, un análisis detallado permite concluir que la cuestión “Islam-Occidente” es mucho más compleja, y depende mucho más de problemas contemporáneos de lo que se reconoce. Se trata de cuestiones laicas y relacionadas con el poder de los Estados, la situación de sus poblaciones y los equilibrios de fuerzas en sociedades en vías de desarrollo, problemas reales y materiales que encuentran expresión

en términos religiosos, entre otros puntos de referencia. En cuanto al ascenso del islamismo político, en sus distintas vertientes, expresa la resistencia a Estados poscoloniales modernizadores que han fracasado a la hora de dar respuesta a las expectativas económicas y culturales de sus pueblos. Ello exige, según el autor, una respuesta compleja y equilibrada, especialmente desde Europa occidental, basada en mayor conocimiento y menores prejuicios, en el apoyo de largo plazo al desarrollo económico y en no dejarse llevar por tentaciones “particularistas” que, en última instancia, sólo servirían para seguir reforzando el mito de la especificidad del mundo islámico. Esto es válido, como se refleja en el capítulo siguiente, para la cuestión de los derechos humanos. El debate sobre su universalismo o relativismo se ha enmarcado en muchos casos en las cuestiones anteriores y esto ha sido usado por ciertos gobernantes para restringirlos en nombre de “valores tradicionales” legitimados en nombre de la religión. Desde perspectivas absolutamente opuestas, pensadores de izquierdas pueden considerar que se trata de una prolongación del dominio colonial usado para imponer a otras sociedades valores occidentales, lo que llevaría en última instancia a defender la posibilidad de restringirlos. El debate al respecto ha sido en muchos casos confuso y manipulador, pero como afirma Halliday, “el caso de los países islámicos debería animarnos a poner en entredicho la tendencia hacia el relativismo, que es tan evidente en el debate sobre los derechos humanos como en muchas áreas de las ciencias sociales y la filosofía moral”. Se trata de un asunto, reconoce, de difícil solución, pero donde será

primordial la defensa de los derechos y el apoyo a los procesos, más amplios, de cambio político y social que puedan hacer de ellos una posibilidad real.

Tras analizar el anti-islamismo, como expresión de múltiples ideologías poco o nada influidas por la religión, el autor concluye con un análisis general del “orientalismo” y de sus críticos, es decir, con la cuestión de si los análisis de Oriente Próximo realizados en Occidente, en los siglos XIX y XX, son fruto de los prejuicios y las ideas preconcebidas. La cuestión ya se había tratado antes y encontró su remate con la publicación, en 1978, de la obra del mismo título de Edward Said. Halliday critica, en la misma medida, este enfoque y el de un autor que defiende una aproximación muy distinta y que, en cierta medida, podría considerarse “orientalista”, como Bernard Lewis. En realidad, señala, desde perspectivas opuestas ambos enfoques caen en el mismo error: considerar el islam como categoría independiente, variable y explicativa, de carácter esencial y determinante, en lugar de entrar al estudio de los procesos sociales y políticos de cada país de Oriente Próximo. Frente a ello, el autor afirma que “Oriente Próximo no es único, salvo posiblemente en el contenido de los mitos que se han propagado sobre él, desde el interior y en el exterior”. Hay similitudes y diferencias, tanto entre ellos como entre el conjunto de la región y el exterior, y son necesarios análisis profundos y complejos en lugar de simplificaciones que conducen a la polarización.

Mabel González Bustelo

Analista del Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM) y coordinadora del *Anuario CIP*

**RETHINKING THE
ECONOMICS OF WAR**
**The intersection of need,
creed and greed**

Cynthia J. Arnson y I.
William Zartman (eds.)
Woodrow Wilson Center
Press, The Johns Hopkins
University Press,
Washington, D.C., 2005,
300 páginas.

Este libro proporciona una visión amplia y detallada de un tema de gran actualidad como es el de las economías de guerra y las consecuencias de las agendas económicas en el origen y/o la evolución de un conflicto armado. Así, destaca la tendencia actual existente hacia una explicación netamente materialista de las motivaciones detrás de la lucha armada. El mejor exponente lo constituyen las tesis controvertidas de Paul Collier y Anke Hoeffler, basadas en la avaricia del ser humano, concediendo un papel exclusivo a elementos económicos fundamentados en el deseo predatorio de materias primas como principal causa de guerra. Además, identifican la existencia de una población mayoritariamente joven y carente de educación básica como factores claves adicionales relacionados con el riesgo de entrar en guerra.

En el primero y último de un total de diez capítulos, los editores, Cynthia J. Arnson e I. William Zartman, refutan dicha tesis, argumentando que mientras que el factor recursos (económicos) puede llegar a ser crucial en la duración e intensidad de un conflicto, los denominados factores políticos (las nociones de injusticia e identidad) constituyen elementos claves en lo

referente a los orígenes y los fines de una guerra. De acuerdo con esta tesis, un conflicto armado es el resultado de la síntesis de factores económicos, políticos, sociales e históricos, que determinan las dimensiones de necesidad, creencias y avaricia existentes en una lucha armada.

El argumento del libro se sustenta en casos concretos proporcionados por nueve expertos adicionales, siete de los cuales contribuyen con un estudio histórico sobre países que han sufrido, algunos continúan haciéndolo, una situación de conflicto armado interno. Los países seleccionados se localizan tanto en África —Angola, República Democrática del Congo y Sierra Leona—, como en Latinoamérica —Perú y Colombia—, Oriente Medio —el Líbano— y el Sur de Asia —Afganistán—. Pese al contexto tan particular de cada conflicto y las complejidades que rodean a los orígenes y evolución de éstos, los autores proporcionan una explicación concreta acerca de la relevancia e interacción entre las dimensiones de necesidad, creencias y avaricia en cada uno de los casos. Además, se provee al lector de una descripción del proceso causal y evolutivo en cada fase del conflicto, que resulta en una síntesis divergente de elementos tanto políticos, socioeconómicos y transnacionales, como étnicos, ideológicos y religiosos dependiendo del caso. Zartman analiza en detalle las dimensiones de necesidad, creencias y avaricia dentro del modelo de conflicto interno, y de acuerdo en cada caso al contexto, con el fin de poder proporcionar un elemento secuencial. La noción de necesidad la define como los elementos requeridos por una sociedad para su existencia. Dicha dimensión está íntimamente relacionada con sentimientos de

satisfacción, depravación relativa e injusticia, todos ellos de carácter subjetivo. Identifica el descuido del Estado hacia la satisfacción de las necesidades básicas de la sociedad como elemento clave en el origen actual de un conflicto, sobre todo en el caso de que se haya producido un incremento de las expectativas por parte de la población. No en vano, Zartman identifica la ausencia de una autoridad estatal efectiva y de una gobernabilidad equitativa como elementos causales determinantes de cara a un potencial conflicto. Sin embargo, la dimensión de necesidad por sí misma no es suficiente para desembocar en un conflicto. Es su naturaleza subjetiva la que se presta a la manipulación por los denominados empresarios políticos con el fin de crear la concepción de depravación dirigida a un sector en particular de la sociedad. Dicho elemento de exclusión de un grupo social puede desembocar en la creación de una identidad de grupo, posiblemente inexistente anteriormente. Concretamente, este fenómeno ocurre en el caso de darse una identidad definida por Zartman como atribuida, una cualidad que se da al establecerse una relación de suma cero entre la identidad supuestamente incluida y aquella que se percibe a sí misma como excluida. Es así como el conflicto pasa de estar basado exclusivamente en necesidad a incluir un componente de identidad de grupo en base a ciertas creencias. El reclamo en torno a una identidad étnica suele ser el más común y atractivo, sin embargo, las identidades ideológicas y religiosas proporcionan una base más amplia y unitaria para la consolidación de

la identidad de un grupo social. Un conflicto se considera consolidado una vez que se prolonga entre grupos sociales desembocando en acciones violentas, y habiendo llegado a la fase de confrontación. Según Zartman, llegado este punto el conflicto puede evolucionar de tres maneras: en una victoria asimétrica; en un acuerdo de paz basado en un impasse igualmente doloroso para ambas partes o,¹ preferiblemente, en una verdadera resolución del conflicto; finalmente, en un impasse no doloroso, estable y conveniente² el cual resultaría en un conflicto intratable. En caso de evolucionar de esta última forma, el conflicto podría prolongarse indefinidamente al establecerse la avaricia y el beneficio personal —frente al beneficio de un grupo social— como elementos predominantes. En dicha fase, la competitividad por el acceso a recursos económicos prevalece sobre cualquier otra motivación, dislocando a las motivaciones iniciales. Por ello, según el autor, cuanto más se prolongue un conflicto, mayor es la probabilidad de que llegue a esta fase, en la cual crece exponencialmente la dificultad de resolución. Dada la naturaleza dinámica y no lineal de un conflicto, se suelen producir saltos de una fase a otra por causas impredecibles, lo cual incrementa aun más la incertidumbre acerca de la evolución del mismo. Sobre la base de la dimensión de avaricia y la relevancia de las economías de guerra en dicha fase, dos expertos en el tema dedican un capítulo a explicar los puntos clave en las agendas económicas de los conflictos armados actuales. Según

¹ El término original en inglés es "mutually hurting stalemate (MHS)" acuñado por el propio autor (p. 274).

² El término original en inglés es "soft, stable, self-serving stalemate" (M^s) (p. 274).

David M. Malone y Jake Sherman, es vital comprender el grado de distorsión resultante de la toma de recursos económicos por parte de redes criminales engendradas a raíz del conflicto, así como conocer a fondo las actividades económicas desarrolladas por las partes beligerantes. Mundialmente conocidas son las implicaciones de los *diamantes de conflicto* en la prolongación de la guerra en Sierra Leona, Angola y la República del Congo, así como la utilización del petróleo y/o las drogas por parte de los grupos guerrilleros y paramilitares para autofinanciarse en países tan dispares como Colombia y Afganistán. Es imprescindible ser consciente de que el mundo globalizado proporciona nuevas oportunidades de negocios tanto lícitos como ilícitos a países en conflicto, sobre todo en el caso de Estados fallidos o cuyas autoridades estatales están debilitadas hasta el punto de haber perdido el control sobre parte del territorio nacional. Según Malone y Sherman dicho conocimiento debería ayudarnos a esclarecer cómo hacer de la paz un negocio más beneficioso que el de la guerra. Los autores exponen toda una serie de iniciativas llevadas a cabo por organizaciones internacionales, en su mayoría en el marco de Naciones Unidas, con el fin de limitar el acceso a recursos económicos y financieros ilícitos de las partes beligerantes en conflictos internos. El instrumento punitivo más comúnmente utilizado suele ser la imposición de sanciones económicas, cuya implementación ha fracasado en la mayoría de los casos. En su lugar proponen políticas de intervención y una legislación internacional más efectivas, que se adapten a cada caso en particular, que tengan en cuenta factores geopolíticos y que no posean un enfoque

exclusivamente económico, sino que consideren también las motivaciones originarias del conflicto. Para desarrollar tales iniciativas, sería necesario crear una coalición internacional que involucre a las organizaciones internacionales, las organizaciones no gubernamentales (ONG), así como al sector corporativo y a los líderes políticos de los países afectados.

Finalmente, Zartman proporciona unas recomendaciones acerca de cómo prevenir un conflicto en su estado germinal y resolverlo en fases posteriores. La recomendación clave es realizar una pronta intervención, facilitando así la resolución del conflicto. De esta manera, para evitar que el conflicto entre en su fase inicial —la fase de necesidad según el autor— se debería reforzar el papel del Estado asegurando su capacidad de proveer a la población de los recursos y el control necesarios. El debilitamiento del Estado podría resultar en una avaricia estatal con un detrimento todavía mayor de la sociedad. En caso de no ser capaz de prevenir la evolución del conflicto hacia una confrontación entre identidades y creencias, las medidas a tomar serían el cese de la violencia, así como requerir la mediación externa de una tercera parte. Adicionalmente, sería imprescindible una gran inversión política que permitiera una mediación exitosa, así como la reforma del sistema político con el fin de lograr una inclusión política que satisfaga a las partes en conflicto. El autor considera que la fase más avanzada del conflicto, la de avaricia, solamente podría resolverse con medidas radicales que consistirían en eliminar a los líderes avariciosos o forzar una victoria asimétrica en base a una acción militar. De lo contrario, el conflicto podría evolucionar hacia

el colapso estatal como ya ocurrió en su día en Afganistán, el Líbano, Sierra Leona y la República Democrática del Congo, entre los casos referidos en el libro.

Los autores de este libro, pese a resultar redundante en algunas partes, proporcionan una discusión muy rica basada en una defensa clara del argumento, reafirmada por una aportación empírica sólida. No en vano, se defiende una tesis conservadora y de bajo riesgo, ya que refuta una teoría considerada aislacionista y controvertida por la mayoría del mundo académico involucrado en la prevención y resolución de conflictos, pese a haber logrado el conveniente apoyo de ciertos sectores clave de la política mundial. Finalmente, no estoy de acuerdo con las medidas interventoras para resolver un conflicto propuestas por Zartman, una vez que haya entrado en la fase de avaricia. Resulta ilógico abogar por una acción radical puntual, con potencial carácter ilegítimo y/o apoyo externo para resolver un conflicto interno cuyas verdaderas motivaciones originarias permanecerían sin tratar.

Amaia Sánchez Cacicedo
Postgraduada en Relaciones Internacionales en la Universidad de Georgetown (Washington). Ha trabajado con ACNUR en Costa Rica, Kenia y Sri Lanka

DROGAS Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA. EL IMPACTO DE LA POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS

Coletta A. Youngers y Eileen Rosin (eds.)
Editorial Biblos,
Buenos Aires, 2005,
494 páginas.

En la campaña presidencial de 1968, Richard M. Nixon acuñó la expresión “guerra contra las drogas”. Posteriormente, a mediados de la década de los ochenta, la Administración Reagan anunció que las drogas planteaban una seria amenaza para la seguridad nacional. Casi cuarenta años después de la declaración de Nixon, y con más de 25.000 millones de dólares invertidos en programas internacionales anti-narcóticos, la lucha contra las drogas no ha logrado reducir la cantidad de cocaína, heroína, marihuana, entre otras sustancias, que entran al país desde el sur.

El uso de un lenguaje bélico por parte de las distintas administraciones estadounidenses para tratar el tema del narcotráfico no es una casualidad. Percibido tradicionalmente como un problema de criminalidad con repercusiones para la seguridad nacional, la respuesta estadounidense a lo largo y ancho del hemisferio occidental ha sido preponderantemente militar-policial, y en este orden. Uno de los pilares básicos de la política anti-narcóticos, y por ende, uno de los ejes principales de las relaciones de EEUU con los países latinoamericanos, ha sido la reducción de la producción de droga en su punto de origen. Tal política

se realiza con la expectativa de que disminuirá el volumen de droga que entra al país, aumentando así su precio, y por consiguiente, disuadiendo su consumo en el mercado estadounidense. Desafortunadamente las tendencias del consumo no son muy alentadoras, quedando en duda la efectividad de esta política. Como señalan los autores de *Drogas y democracia en América Latina*, esta política produce el “efecto globo” por el que, al igual que cuando se aprieta un globo el aire de un extremo se desplaza hacia el otro, así, al eliminar los cultivos ilegales de una zona rápidamente aparecen otros nuevos en otro lugar. Este libro, producto de tres años de investigación, ofrece una visión crítica de la política estadounidense anti-narcóticos en América Latina. Sin duda aporta nuevas dimensiones, con rigor elocuente, sobre lo que los autores consideran una política fallida. El enfoque de su análisis recae sobre los efectos colaterales de una política, que, en muchos casos ha sido dañina para las poblaciones y democracias latinoamericanas. El libro no queda al margen de la controversia, no obstante, llama la atención y busca elevar el debate en torno a este problema que en diversas manifestaciones azota a todo el continente americano. Derivado de un proyecto de investigación de la *Washington Office on Latin America* (WOLA), el libro, coordinado por Coletta A. Youngers y Eileen Rosin, reúne a lo largo de sus diez capítulos las opiniones y conclusiones de más de una docena de académicos y periodistas. Sus páginas dedican seis capítulos a las conclusiones de diversos autores sobre el impacto de la política de Washington en cinco países (Colombia, Bolivia, Perú, Ecuador, México) y en el Caribe, la denominada “tercera frontera”, que

más que una región productora constituye un espacio de tránsito. La percepción por parte de los políticos estadounidenses de que se trata de un problema preponderantemente de seguridad los ha conducido a apoyarse en instrumentos militares y a buscar soluciones por esta vía. Los autores argumentan que tradicionalmente la clase política estadounidense ha mantenido una línea dura a la hora de combatir el flujo de drogas que entra al país, considerando cualquier otra posición una señal de debilidad. Ello, en ocasiones, les ha impedido percibir las múltiples dimensiones del problema. De hecho, dimensiones como la pobreza, derechos humanos, el estado de derecho, corrupción y la debilidad de algunas instituciones latinoamericanas quedan relegadas a un segundo plano. Así, la militarización de los esfuerzos anti-narcóticos en América Latina ha llevado a que diversas agencias estadounidenses destinen gran parte de su ayuda al entrenamiento y equipamiento de las fuerzas militares y policíacas latinoamericanas. En relación al caso de México, Laurie Freeman y Jorge Luis Sierra consideran que este proceso de militarización ha sido una “trampa” que ha dejado al Gobierno de Fox sin más alternativa que seguir la misma línea. En muchos casos, la asistencia militar y económica brindada al subcontinente es efectuada sin considerar el historial de violaciones de derechos humanos y corrupción de algunas de las contrapartes latinoamericanas. En este sentido, cabe mencionar el caso de Vladimiro Montesinos, zar-antidrogas y asesor de seguridad e inteligencia del Gobierno de Fujimori, que se vio implicado en un escándalo de corrupción sin precedentes para Perú. Por estas razones, una de las principales tesis

del libro subraya que el camino de la militarización ha resultado en el fortalecimiento de las instituciones militares latinoamericanas en detrimento del control civil, particularmente en los asuntos internos, modificando, como consecuencia, las relaciones entre militares y civiles.

El libro aboga por una adecuada e incrementada “capacidad de fiscalización y de evaluación de los programas estadounidenses internacionales por parte de la ciudadanía y de las organizaciones de la sociedad civil en los países donde se implementen” de tal manera que resulte en el “buen ejercicio del poder democrático”. En otras palabras, se trataría de que exista mayor transparencia en los programas estadounidenses y de aumentar la participación de los países latinoamericanos en el diseño de las políticas. Su análisis invita a medir los resultados de esta política basada en “permisos y sanciones” —caso de la famosa certificación anual—, evaluar sus efectos colaterales y adoptar mejores prácticas, tal como señala Youngers en el último capítulo con una serie de recomendaciones.

Estrategias de corto plazo, basadas en la disminución de la oferta, como la erradicación forzosa y fumigación aérea son solo un parche sobre un problema profundo. Tales tácticas empobrecen y enfurecen a muchos campesinos, mientras que los grandes traficantes gozan de la alza de los precios y se abastecen de nuevos cultivos producto del “efecto globo”. La fumigación aérea de cultivos, uno de los pilares del controvertido Plan Colombia, ha traído numerosos efectos secundarios para la ecología, salud y economía local. La erradicación masiva, sin consideración de los cultivos de subsistencia y uso tradicional (caso de algunas áreas de Bolivia, Perú y

Ecuador), no logrará frenar el fenómeno si tales medidas no están acompañadas de una política de desarrollo de cultivos alternos de la misma envergadura.

Por otro lado, el libro se edita en un momento en que la “guerra contra las drogas” se subordina y se fusiona con la “guerra contra el terror”. Reconocido el hecho de que algunas organizaciones terroristas y guerrilleras financian sus actividades a través del narcotráfico, la zona gris entre terrorismo y narcóticos en ocasiones es utilizada para justificar una diversidad de abusos de autoridad y violación de derechos humanos. Basta con mencionar los casos de Colombia en Sudamérica y Afganistán en Asia Central, donde algunos campesinos son tratados como narcoterroristas.

Generalizaciones como estas solo refuerzan la idea de militarizar el control de las drogas en detrimento de la población local. Como señala Youngers en el último capítulo, “el desafío actual para quienes formulan las políticas de Estados Unidos es dejar de observar la región [América Latina] a través del lente del antiterrorismo, que distorsiona la percepción de los verdaderos problemas y amenazas que la aquejan”.

Ante todo ello, cabe preguntarse si el objetivo primordial de las políticas anti-narcóticos de los países latinoamericanos debe ser la disminución del consumo de drogas en EEUU, o bien, paliar la diversidad de efectos que este fenómeno produce en sus propios países en armonía con las necesidades de la región. Entendido el problema como un fenómeno transnacional con dimensiones no solamente de seguridad y criminalidad, sino también sociales, políticas y económicas, los esfuerzos anti-narcóticos del hemisferio han de ser más

transparentes e inclusivos, ejecutados con un uso mesurado de instrumentos militares y policiales, y, con mayor énfasis en la disminución de la pobreza y corrupción, fortalecimiento de las instituciones, protección de los derechos humanos, fomento de la democracia, el estado de derecho y la participación ciudadana. En otras palabras, es necesaria una política multilateral de mayor amplitud y profundidad que aborde la diversidad de problemas que el cultivo, tráfico, comercio y consumo de narcóticos crea para todo el continente.

Luis G. Elizondo Belden
Máster en Cooperación
Internacional

**ESPAÑA-MARRUECOS
DESDE LA ORILLA SUR.
LA RELACIÓN
HISPANO-MARROQUÍ:
OPINIONES E IDEAS**

Carla Fibla García Sala
Icaria-Antrazyt/Al Fanar,
Barcelona, 2005,
296 páginas.

¿Están España y Marruecos abocados al enfrentamiento o, por el contrario están condenados a entenderse? Dependiendo del clima político que presida las relaciones, una u otra visión cobra más o menos importancia. En momentos de crisis el fatalismo del inevitable choque con el vecino emerge con fuerza mientras que, en períodos de concordia y entendimiento —como el que actualmente viven ambos países— se hacen más frecuentes las referencias al determinismo dictado por la proximidad

geográfica y la historia compartida. La calma que sigue a la tempestad tiene que ir, sin embargo, acompañada de una reflexión crítica sobre los problemas de fondo que interfieren en las relaciones bilaterales y sobre los cambios y desafíos que éstas experimentan en un contexto de globalización económica y recomposición del sistema internacional. Este es el eje que vertebra la obra coordinada por Carla Fibla, corresponsal en Marruecos del diario *La Vanguardia* y de la *Cadena Ser* desde septiembre de 2001.

Este libro trata de comprender los motivos y las causas de la grave crisis bilateral que entre 2001 y 2003 llevó al borde de la ruptura a las relaciones hispano-marroquíes, situando ese análisis en una reflexión más amplia sobre los problemas estructurales y los desafíos que afrontan las relaciones hispano-marroquíes en el inicio del siglo XXI.

El “colchón de intereses” con el que la diplomacia española intentó durante la década de los años noventa inyectar normalidad a unas relaciones inestables mostró sus límites durante la crisis más grave que han conocido las relaciones bilaterales desde la independencia de Marruecos en 1956. La teoría del “colchón de intereses” pretendía hacer frente a las crisis cíclicas de las relaciones hispano-marroquíes, muy sensibles a los vaivenes de la coyuntura política y a las dinámicas internas en ambos países. El diagnóstico partía de que la ausencia de un tejido sólido de intereses compartidos contribuía a que las relaciones fueran muy sensibles a las crisis sectoriales que acababan contaminando el conjunto de las relaciones. El tratamiento pasaba por la creación de un “tejido de intereses multisectoriales” que actuara como amortiguador de las inevitables diferencias entre países

vecinos. La creación de este “colchón de intereses” debía desempeñar una labor preventiva “encapsulando” las crisis e impidiendo que afectaran al conjunto de las relaciones. El desarrollo de la interrelación económica debía ir acompañada de la institucionalización de un diálogo político regular que permitiera mantener cauces regulares de contacto político con los que desactivar las potenciales crisis. Además, la transformación de España en país de inmigración y el asentamiento de un importante colectivo de ciudadanos marroquíes había puesto en contacto directo a sociedades que vivían de espaldas una de la otra. El desarrollo de los contactos entre las sociedades civiles y el combate de prejuicios y estereotipos basados en el desconocimiento fueron identificados como el tercer pilar sobre el que debía basarse la “vecindad hispano-marroquí”. La crisis 2001-2003 mostró los límites de este enfoque. El “colchón de intereses” no actuó como un factor amortiguador efectivo. La negativa de Marruecos a renovar el acuerdo pesquero con la Unión Europea en abril de 2001 desencadenó una serie de interdependencias negativas que acabaron contaminando el conjunto de las relaciones bilaterales. La crisis, que alcanzó su punto álgido con la toma del islote Perejil en julio de 2002, es objeto de un minucioso análisis por parte de Carla Fibla quien se interroga sobre el cómo y el por qué la construcción de la vecindad dejó de estar en el centro de una agenda bilateral que pasó a estar dominada por los contenciosos (pesca, Sáhara Occidental, delimitación de espacios marítimos, inmigración irregular, Ceuta y Melilla, entre otros asuntos). La crisis situó bajo mínimos los contactos oficiales y

obstaculizó el normal desarrollo de la cooperación bilateral. Las inversiones españolas se ralentizaron al igual que los contactos y encuentros entre las sociedades civiles de ambos países. Únicamente los intercambios comerciales no se vieron afectados por la crisis y se incrementaron en cerca de un 20%. La crisis, sin embargo, mostró el creciente peso de las Comunidades Autónomas en las relaciones con Marruecos y su capacidad para desempeñar un papel activo no siempre coincidente con el del gobierno central. Carla Fibla completa su repaso a las relaciones bilaterales con un interesante análisis sobre el funcionamiento del sistema político marroquí del que se sabe poco en España. El control de la Monarquía marroquí sobre la política exterior hace especialmente opaco el proceso de tomas de decisión y provoca paradojas como la de que los miembros del gobierno de la alternancia, presidido por el líder socialista Abderrahman Yusufi, se enteraran a posteriori de la decisión de ocupar el islote del Perejil. La coordinadora de este volumen analiza también el proceso de recomposición de las relaciones bilaterales —del que no fueron ajenos Francia y EEUU—, consolidado tras la llegada al Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. El clima de entendimiento que preside las relaciones desde entonces contribuye a que las diferencias tiendan a ser minimizadas y a que los responsables políticos de ambas partes se esfuercen en subrayar los puntos de encuentro. La agenda bilateral, sin embargo, es compleja y plantea importantes retos en el futuro inmediato en temas como la inmigración clandestina, la agricultura, la pesca, el Sáhara Occidental, la delimitación de las aguas territoriales o la cuestión

todavía tabú de Ceuta y Melilla. La obra no se limita al estudio de Carla Fibla sino que incluye las reflexiones sobre las relaciones hispano-marroquíes de 18 intelectuales representantes de la sociedad civil sin responsabilidades políticas o diplomáticas. Todos ellos tienen en común residir en Marruecos y, por tanto, aportar sus reflexiones críticas e independientes desde la orilla sur. La mayor parte de este colectivo polifónico está formado por marroquíes entre los que se encuentran Abraham Serfaty, Fouad Abdelmoumni, Larbi Ben Othmane, Amina Bouayach, Omar Brouksy Abdelkader Chaoui, Bachir Edkhal, Mohamed Ennaji, Mehdi Lahlou, Elias Omary, Mustapha Sehimy y Moncef Slimi. Aquí radica otro de los méritos de esta obra: el de dar la palabra a ciudadanos marroquíes que desde posiciones ideológicas diferentes aportan su esfuerzo de comprensión a unas relaciones sobre las que sigue existiendo un déficit de análisis críticos. En este conjunto de opiniones también se encuentran las voces de otros españoles y europeos residentes en Marruecos e interesados en las relaciones marroquí-españolas como Steve Hughes, Mercedes Jiménez, Manuel Lorenzo y Pedro Rojo. Los enfoques y reflexiones son variados aunque existen algunos elementos comunes: el peso de la historia y de las cuestiones territoriales —España es el único país europeo que sigue teniendo una parte de su territorio nacional en el Norte de África—, el de las percepciones deformadas, el papel de la prensa, la cuestión de la inmigración, entre otras. La obra se ve completada además con dos entrevistas a los actuales ministros de Asuntos Exteriores Mohamed Benaisa y Miguel Ángel Moratinos. El libro cuenta con una cronología de las relaciones bilaterales entre 2001 y 2005 y una

sección de apéndices en la que están recogidos una selección de documentos y declaraciones oficiales. La sección de apéndices incluye también una interesante selección de artículos de prensa marroquí.

Miguel Hernando de Larramendi
Universidad de Castilla-La Mancha

LAS CUMBRES IBEROAMERICANAS (1991-2005). LOGROS Y DESAFÍOS

Celestino del Arenal (coord.)
Fundación Carolina,
Siglo XXI,
Madrid, 2005,
279 páginas.

Como cada año en un país iberoamericano, se ha celebrado la cumbre que reúne a los jefes de Estado y de Gobierno de América Latina, España y Portugal. Ésta ha sido la XV reunión y ha tenido lugar en Salamanca (España). En las semanas previas al evento la Fundación Carolina y la editorial Siglo XXI han publicado un libro en el que se abordan los asuntos principales relacionados con las cumbres iberoamericanas. No es un hecho casual, ni una coincidencia meramente temporal. La publicación se justifica precisamente por la cumbre de Salamanca y por lo que podría representar de avance en la construcción de la Comunidad Iberoamericana de Naciones (CIN). Esa es la opinión del coordinador del libro, Celestino del Arenal. Los autores que han participado en este libro demuestran en sus trabajos el interés que ha despertado la XV

Cumbre y las expectativas abiertas. En esta misma línea Sanahuja afirma que la cumbre podría ser un punto de inflexión porque se dan los condicionantes para ello: un nuevo consenso internacional en torno a metas sociales, un clima de entendimiento entre los gobiernos latinoamericanos, la voluntad de algunos países de asumir un papel más relevante, entre otros. Para Christian Freres, que ha señalado la reunión de Costa Rica (2004) como la “cumbre de transición”, Salamanca representaría la segunda parte de ese proceso de cambio. Celestino del Arenal, catedrático de Relaciones Internacionales y una autoridad en las relaciones entre España y América Latina ha sido el encargado de coordinar el libro. Su trayectoria académica infiere rigor y calidad a la obra. Ha sido uno de los autores que más y mejor ha trabajado sobre la CIN (su libro, en colaboración con Alfonso Nájera, *La comunidad iberoamericana de naciones: pasado, presente y futuro de la política iberoamericana de España*, 1992 supone una referencia obligada). Cabe recordar también al profesor Roberto Mesa, cuyos trabajos (entre ellos *La Comunidad Iberoamericana: entre la utopía y la realidad*, 1989) fueron pioneros y han inspirado análisis posteriores. Del Arenal ha reunido a un importante elenco de expertos en América Latina, procedentes de los ámbitos académico y diplomático. Después de unos años en los que América Latina había rebajado su consideración en la política exterior española, el Gobierno surgido de las elecciones de marzo de 2004 ha mostrado su intención de revertir la tendencia. Así se desprende de las acciones del nuevo Ejecutivo y de su discurso. Buena prueba de ello se encuentra en el prólogo del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, donde explica los objetivos de la Cumbre de

Salamanca: revitalizar las consultas y la concertación política; avanzar en la idea de canje de deuda por inversiones en educación; impulsar un espacio iberoamericano de justicia y seguridad; una mayor implicación de las sociedades civiles en las cumbres; fortalecer la presencia internacional de la CIN, y trabajar en las propuestas de la Alianza contra el Hambre y la Alianza de Civilizaciones. De un primer repaso a la nómina de autores, llama la atención el desequilibrio patente entre latinoamericanos y españoles, a favor de los segundos. El propio coordinador del libro así lo reconoce en la introducción. Este extremo refleja uno de los asuntos objeto de análisis por varios autores: el peso excesivo de España en las cumbres iberoamericanas. Hubiese sido deseable conocer la opinión de más expertos latinoamericanos, sus análisis y sus interpretaciones sobre lo que significan las cumbres para la región. Para Carlos Malamud, el liderazgo de España ha tenido efectos “perversos” en las cumbres iberoamericanas. En primer lugar, España financia mayoritariamente el sistema; y en segundo, ese liderazgo ha provocado un sentimiento de desapego de las opiniones públicas y clases políticas latinoamericanas hacia las cumbres. En su capítulo, Del Arenal solicita que se desespañolicen, para lo cual recomienda que España replantee su política en relación a estos encuentros, pero a la vez solicita que América Latina trabaje en el mismo sentido. Francisco Rojas Aravena también critica la excesiva españolización; sin embargo responsabiliza al país anfitrión del éxito o del fracaso de la reunión de Salamanca. Esta opinión contradice la crítica anterior de este autor porque no contribuye a

descargar el liderazgo de España. Cabe subrayar el hecho de que el citado Rojas y José Antonio Sanahuja recuerdan que uno de los efectos de ese liderazgo fue la propuesta de creación de una Secretaría General Iberoamericana (SEGIB). Para este último, la propuesta española cuestionaba a la propia Secretaría de Cooperación Iberoamericana (SECIB). No obstante, y pudiendo coincidir en que las formas para proponer ese nuevo organismo no fueron las adecuadas por parte del Gobierno del Partido Popular, a la luz de los resultados de la Cumbre de Salamanca, a casi nadie le parece mal —e incluso ha recibido multitud de halagos— que se haya creado la SEGIB y sobre todo que su primer secretario general sea una persona del prestigio de Enrique Iglesias, antiguo director del Banco Interamericano de Desarrollo. Sanahuja distingue cuatro etapas en la cooperación iberoamericana a partir de las cumbres y del cambiante liderazgo de España: una etapa de arranque (1991-1995); una etapa de expansión y consolidación (1995-1999); una etapa de institucionalización y racionalización (1999-2001), y una etapa de debilitamiento de la cooperación iberoamericana (2001-2004).

En general todos los autores coinciden en explicar los lazos que unen a los pueblos iberoamericanos, y que van más allá de la lengua, la religión, la cultura o la historia. Esas relaciones se han fortalecido por la densidad de los flujos migratorios, la presencia hispana en EEUU (¿sería oportuno incluir a EEUU como país-observador en las reuniones?), y el incremento de las relaciones económicas, políticas y diplomáticas. Suelen ser tópicos a los que se recurren a la hora de analizar las relaciones iberoamericanas, pero que no por

eso dejan de ser ciertos y por esa razón no está de más insistir en ellos. La utilidad de las cumbres es un asunto polémico pero que para Yago Pico de Coaña no cabe discusión. Para él las cumbres han sido útiles porque han condenado o reconducido los golpes o intentos de golpe en otros Estados miembros; han servido para restablecer relaciones diplomáticas y colaborado en la negociación y los procesos de paz en Centroamérica; han generado el interés de la comunidad internacional; han propiciado la generación de un tejido social iberoamericano, etc. Sin embargo, también hay problemas. Las cumbres son largas y terminan con declaraciones poco comprensibles, son carentes de resultados prácticos, sus programas y actuaciones tienen escasa difusión; en fin, como señala el mismo Pico de Coaña, las cumbres no han sabido llegar a la opinión pública.

Juan Ignacio Siles del Valle, Christian Freres y Carlos Malamud abordan en sus respectivos capítulos la necesidad de plantearse la frecuencia de estos encuentros. Mientras que Freres propone que se reduzca, Siles recomienda directamente que sean bianuales. Por su parte Malamud, después de explicar los cambios en el contexto internacional desde 1991 y que han afectado al proceso, incluso se cuestiona la viabilidad de mantener activas esas reuniones y que funcionen simultáneamente las cumbres iberoamericanas y las cumbres Unión Europea-América Latina y el Caribe. Sin hacerla explícita, se trata de una crítica en la que el autor no aclara si propone que dejen de celebrarse o que las cumbres queden subsumidas en las reuniones interregionales entre la UE y América Latina.

El déficit de institucionalidad — como lo denomina Fernando García

Casas— constituye uno de los problemas centrales de las cumbres y que aún persiste a pesar de la SEGIB. Freres ofrece una clasificación de las cumbres a partir de tres parámetros, uno de ellos, precisamente, su evolución institucional y se pregunta si, en San José (Costa Rica, 2004) se ha iniciado una fase de refundación de las cumbres. García Casas explica el desarrollo de un esquema institucional de las catorce celebradas anteriormente desde la premisa de su carencia de institucionalidad. En un importante esfuerzo recopilatorio, Isabel Castaño presenta una amplia bibliografía que recoge los estudios sobre las cumbres iberoamericanas y la CIN.

En suma, se trata de un libro que mantiene un alto nivel de calidad y que interesará a todos aquellos que quieran conocer, desde diversos puntos de vista, lo que significan las cumbres iberoamericanas, el trabajo realizado dentro y en torno a ellas, y sobre todo, los desafíos que deberán afrontar, en un futuro que esperamos haya comenzado en Salamanca.

Antonio Sanz Trillo
Investigador del Centro de
Investigación para la Paz
(CIP-FUHEM)
Doctor en Geografía e Historia

LA RUSIA DE PUTIN

Anna Politkovskaya
Editorial Debate,
Barcelona, 2005,
304 páginas.

“Le he dado muchas vueltas a la cuestión de por qué me he obsesionado de esta manera con Putin. ¿Por qué le tengo una aversión tan profunda que me he sentido movida a escribir un libro acerca de su persona? [...] La respuesta es muy sencilla: soy una moscovita de cuarenta y cinco años que fue testigo de la época más vergonzosa de la Unión Soviética en las décadas de 1970 y 1980. Y lo que no quiero es verme otra vez devuelta a aquellos tiempos”. En este párrafo, recogido en el último capítulo del libro *La Rusia de Putin*, la periodista Anna Politkovskaya expresa las motivaciones que la empujaron a escribir este largo reportaje con profunda carga moral, pero no exento de rigor informativo. En él, los datos pasan a un segundo plano frente a las historias personales de quienes padecen cada día las injusticias del Estado ruso que, según la autora, se ha “neosovietizado” en manos del presidente Vladimir Putin. Anna Politkovskaya, periodista y analista política rusa, corresponsal del periódico *Novaya Gazeta* y una reconocida profesional dentro y fuera de su país —recibió en 2005 el Premio Vázquez Montalbán de Periodismo Internacional— escribe una vez más sobre los males que afectan a su país y de los que ella, por su trabajo, es testigo excepcional. Politkovskaya, que conoce de cerca la realidad chechenia, actuó como mediadora de los rebeldes chechenos en el teatro Dubrovka, y no pudo hacerlo durante el secuestro en la escuela número 1 de Beslán porque, como

ella ha afirmado, fue envenenada por el Servicio Federal de Seguridad (antiguo KGB) cuando se trasladaba hacia allí. Si en sus libros anteriores ha censurado la guerra hipócrita, racista e injusta que el Kremlin ha desatado en Chechenia (*Terror en Chechenia, Una guerra sucia*), o ha lanzado duras acusaciones contra el ejército ruso basadas en sus viajes a esta república caucásica (*La deshonra rusa*), en este último libro personifica todos los males del país en la figura del actual presidente Vladimir Putin, a quien reserva mofas y calificativos tales como cínico, vulgar, vengativo, mentiroso, racista o fisgón del KGB. Un ejercicio de valentía en un país donde la libertad de prensa es una falacia y las persecuciones a periodistas críticos con el Kremlin se han hecho comunes en aras de la seguridad.

Escrito con un estilo visceral y de denuncia, la autora vierte en el libro sus emociones y formula numerosas preguntas lanzadas a sí misma, a la ciudadanía rusa y al lector, un lector occidental al que logra atrapar e implicar en el relato. Politkovskaya examina la brutalidad del ejército, donde los soldados son esclavos de sus oficiales; la corrupción policial, judicial y económica que envilece el sistema; el poder de las mafias y la complicidad de los dirigentes; la dureza de la vida cotidiana de la ciudadanía rusa; el auge del nuevo capitalismo al servicio de la ideología soviética; o la purga de chechenios y la presentación al mundo de la guerra en Chechenia como una lucha contra el terrorismo internacional. El libro dedica varias páginas a dos ejemplos claros de mala gestión y negligencia de Putin que conmocionaron a la comunidad internacional: los secuestros masivos del teatro Dubrovka en diciembre de 2003 y de la escuela nº 1 de Beslán en septiembre de

2004. La autora describe ambas tragedias a través de quienes las vivieron o de sus familiares. De nuevo, otorga rostro humano a los hechos.

La gran cantidad de información e historias que cuenta este libro sobre terribles e incomprensibles sucesos que cuentan con el beneplácito de las autoridades y el silencio de los ciudadanos, pueden abrumar al lector no familiarizado con la realidad rusa. ¿Cómo es posible que no hubiera una reacción mayor ante las mentiras del Kremlin en el secuestro del teatro Dubrovka?

¿Cómo no ha habido destituciones tras saber que los militares lanzaron un gas venenoso —cuya composición se desconoce— que atentó contra la vida de unos doscientos rehenes inocentes? ¿Por qué han sido tan sordas las críticas a la cruenta acción militar en el secuestro de Beslán un año después? En el libro, la autora hace una serie de guiños para que el lector occidental pueda comprender —en parte— los entresijos de la política rusa y la idiosincrasia fatalista del pueblo ruso.

Corrupción, miseria, terrorismo de Estado, impunidad, racismo, control ideológico, son lacras de las que Rusia no se ha desprendido desde los tiempos de la URSS pero que, en especial la corrupción, se han agravado con el ascenso de Putin al poder, según la periodista. Si Rusia nunca llegó a dar del todo el paso hacia la transición democrática, con Putin esta tendencia se revierte muchos pasos atrás. “Todo el mundo participa del convencimiento de que hemos vuelto a vivir en la Unión Soviética y que nuestras opiniones han dejado de tener importancia”, escribe Politkovskaya. La autora no ahorra críticas hacia la gestión de Putin y de la nomenclatura de la que se ha rodeado, formada, sobre todo, por antiguos compañeros del KGB.

Pero también reprocha al pueblo ruso su apatía y frágil memoria. “Hemos limitado nuestras reacciones ante su persona {Putin} y la cínica manipulación a la que somete a la sociedad rusa a meros chismorreos en las cocinas de nuestras casas. La sociedad ha demostrado una apatía sin límites (...). Hay más: hemos reaccionado con miedo”.

Sus reprobaciones implican a Occidente, que enmudece ante la escrupulosa violación de los derechos humanos y la falta de libertades en Rusia y apoya a Putin en su lucha contra el terrorismo, so pena de las libertades y derechos fundamentales. Su lucha contra el terrorismo es una argucia para conseguir el apoyo internacional de Bush, Berlusconi o Blair, atreviéndose incluso a asociar a los terroristas de Dubrovka o Beslán con Al Qaeda.

La Rusia de Putin que describe Anna Politkovskaya debería haber sido expulsada del G8 y de cualquier club de países medianamente civilizados; y Putin debería afrontar cargos por crímenes contra la humanidad por las atrocidades que el ejército comete en Chechenia. Surgen nuevas preguntas: ¿Cómo se puede respaldar al presidente de un país donde la corrupción alcanza todos los rincones de la economía, la política, la justicia, el ejército y la sociedad civil; donde el crimen organizado impone sus reglas, los oficiales roban y maltratan a sus soldados y ser chechenio es causa suficiente para ser vilipendiado, golpeado o, incluso, asesinado; donde los puestos más altos los ocupan antiguos cargos del KGB, camaradas del presidente, que manejan la política con el único objetivo de mantener sus parcelas de poder y asegurarse réditos económicos?

Ante este panorama casi

apocalíptico, cabe plantearse si Rusia es sólo eso. No, hay mucho más. En esta trama confluyen héroes y villanos: villanos presentados por el Kremlin como héroes para un pueblo acostumbrado a los superhombres que creó el comunismo soviético; y verdaderos héroes, relegados a antihéroes, que el poder lanza al olvido o desprestigia porque no interesan sus causas. Entre los villanos se citan al coronel violador Budanov, a la psiquiatra Perchenikova y la juez Gorbachova, al mafioso Fedulev o al corrupto policía Ovchinnikov —nombrado en 2003 por Putin como ministro delegado del Interior y jefe del GUPOB, la dirección estatal contra el crimen organizado—, entre otros. Son estos villanos quienes actúan a su antojo en un Estado donde “la legislación del país protege, no a los débiles, sino a las todopoderosas autoridades”.

No obstante, en el libro desfilan muchos más héroes: las madres de soldados que se organizan para rescatar a sus hijos; el tozudo juez que consigue la condena del oficial ruso violador y asesino de una joven chechenia; la juez que no se atempera ante el poder de la mafia; el abogado ruso que defiende a un chechenio torturado por las autoridades; el capitán de un submarino nuclear que no abandona su puesto aunque el Kremlin le abandonó hace tiempo; las abuelas que se oponen a la tala de árboles en un área protegida, etc.

Un ejemplo muy sonado es el del empresario Mijail Jodorkovski, propietario de la compañía Yukos, a quien las autoridades han condenado a trabajos forzados en Siberia —¿no recuerda esto a los tiempos de Stalin?—, acusado de corrupción. Resulta una inculpación muy curiosa en un país donde la corrupción está a la orden del día y Yukos destacaba del entramado

empresarial por trabajar “en blanco”. Refiriéndose a este asunto, Politkovskaya alude a la personal venganza de Vladimir Putin contra Jodorovski, un enemigo que con su dinero ha financiado a grupos políticos opositores.

Pero son, sin duda, las tragedias de Dubrovka y Beslán las que más héroes y villanos han creado, tanto por parte de los terroristas como de la maquinaria estatal. La dureza con la que actuaron el Kremlin y el ejército ruso en ambos sucesos, que produjo un elevado número de muertos inocentes, han restado apoyo popular al presidente Putin.

La autora confía en que la indiferencia que Putin ha demostrado por el dolor humano, al no moverse un ápice en sus posiciones políticas; y su expuesta cobardía al no atreverse a rendir homenaje a las víctimas junto a sus familiares, tarde o temprano le pasarán factura.

Este libro, que parece un canto desesperanzado sobre la Rusia de Putin, encierra un atisbo de optimismo: Rusia se puede salvar porque todavía quedan héroes.

Sonia Felipe Larios
Colaboradora del Centro de
Investigación para la Paz
(CIP-FUHEM)